

In Memoriam: dos humanistas vascos en el campo de la medicina



IGNACIO MARÍA BARRIOLA IRIGOYEN

El Dr. Ignacio María Barriola Irigoyen nació en Donostia-San Sebastián el 15 de Agosto de 1906. Profundamente donostiarra, recordaba con orgullo que un tatarabuelo suyo, Juan Fermín Irigoyen de Araeta, fue uno de los vecinos de San Sebastián que tras el incendio y saqueo de la ciudad por las tropas de Wellington, el 31 de Agosto de 1813, acordaron en Zubieta la reconstrucción de la ciudad. Realizó los estudios de bachillerato en el “Colegio Católico Santa María”, más conocido por Marianistas y en 1922 se trasladó a Madrid para cursar la licenciatura de Medicina en la Facultad de San Carlos, situada en calle Atocha. Durante el final de la licenciatura y el período de doctorado acudía a diario al Instituto Madinabeitia, donde asistía a las enseñanzas de Don Juan, padre de la gastroenterología española y de su discípulo Luis Urruía, uno de los iniciadores de la cirugía digestiva. En 1929 regresó a San Sebastián donde residiría de forma permanente hasta su muerte en 1998. Realizó dos viajes al extranjero para completar su formación: París (1930), donde profundizó en la faceta médica de la gastroenterología con el Dr. Jean Charles-Roux; Viena (1935) donde perfeccionó la faceta quirúrgica con el profesor Hans Finsterer. A partir de dicha experiencia realizó su tesis doctoral titulada “Tratamiento quirúrgico del Cáncer de Recto”, leída en Madrid el 14 de Mayo de 1936, obteniendo la calificación de Sobresaliente.

Tras la guerra civil estuvo tres años en la cárcel por formar parte de una red de información establecida por el Partido Nacionalista Vasco en 1937, para ayudar al paso de la frontera y el manejo de expedientes de quienes veían sus vidas en peligro por razones políticas. Dicha red fue descubierta en 1940, tras la ocupación de París por los Alemanes y la consiguiente llegada de información a la policía española. El delito de “adhesión a la rebelión y espionaje” fue el motivo del encarcelamiento y condena a pena de muerte de las 19 personas que formaban la red. El 6 de Mayo de 1943 fue ejecutado Luis Alava y Sautu, como responsable de la misma. Esta experiencia se encuentra relatada en el libro “19 condenados a muerte” (Ediciones Vascas, 1978). Tras su salida de la cárcel se alejó de la política activa, teniendo una

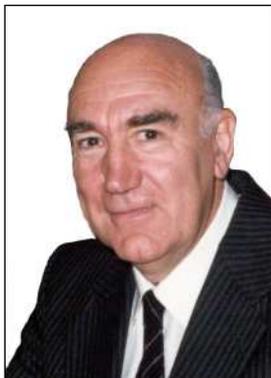
dilatada actividad médica y cultural en nuestra ciudad. Su actividad médica se desarrolló inicialmente en el Hospital Civil San Antonio Abad y posteriormente en la Clínica de las Mercedes, adquiriendo un notable prestigio en la ciudad. Fue presidente del Colegio de Médicos de Guipúzcoa entre los años 1978 y 1992.

Dentro de las entidades culturales en las que participó hay que citar la Sociedad Vascongada de los Amigos del País, de la que fue director (1984), fue nombrado académico de Euskaltzaindia en 1965 y participó en las actividades de la "Academia Errante". Fue uno de los que impulsaron, junto con don Manuel Agud, don Francisco Yarza y don Carlos Santamaría los estudios universitarios en Guipúzcoa entre los años 63 y 79. Dichas iniciativas han sido recogidas en el libro "Gestiones guipuzcoanas por una universidad oficial en el País Vasco" (UPV, 1985) y la UPV le concedió su Medalla de Oro en 1993. Su interés por los temas históricos de la Medicina vasca quedan reflejados en sus libros: "La medicina popular en el País Vasco" (1952), Los Amigos del País y la Medicina (1963), la biografía del "Curandero Petriquillo" (1983), "El enigma de la muerte de Napoleón" (1950) y "Crónica de mi vida y entorno" (1994). Estos libros y un elevado número de artículos le convierten el iniciador de la historiografía médica vasca.

En cuanto a su labor en Eusko Ikaskuntza, participó activamente en la reorganización de la Sociedad de Estudios Vascos, que tuvo lugar en los años 70, concluida brillantemente en el Congreso de Oñate de 1978, momento en el que surge la segunda etapa de EI/SEV. La participación del Dr. Barriola en nuestra Sociedad fue al máximo nivel, ya que presidió durante años la sección de Etnografía y más tarde se hizo cargo de la de Ciencias Médicas, siendo también colaborador de esta misma revista (RIEV).

La extensa actividad científico-médica y cultural que desarrolló el Dr. Barriola fue el motivo que nos impulsó a realizar una sesión de análisis de sus aportaciones a la sociedad vasca en la Primera Jornada "Salud y sociedad", que tuvo lugar el 22 de noviembre de 1999. Realizó la presentación de la mesa redonda el profesor Juan José Goiriena de Gandarias, médico y presidente de EI/SEV. Entre los participantes en la misma, contamos con la presencia de don Juan Antonio Garmendia Elósegui, miembro de la Vascongada y de EI/SEV que habló de las actividades culturales del Dr. Barriola. El vicerrector del Campus de Gipuzkoa de la EHU/UPV, profesor de la Cuesta, destacó la importancia de la labor realizada por el Dr. Barriola para la gestación de los estudios universitarios que hoy tenemos en Gipúzcoa. El profesor José María Urkia Etxabe, titular de Historia de la Medicina y coordinador de la sección de Ciencias Médicas hasta 1998, relató su faceta médica y su labor en la dirección del Colegio de Médicos de nuestra provincia. El acto se completó con mi aportación sobre la participación del Dr. Barriola en las reuniones de intelectuales realizadas entre los años 50 y 60 en Gipuzkoa bajo la denominación de "Academia Errante". Entre los asistentes al acto, además de los participantes en la Jornada, se encontraban familiares del Dr. Barriola, presencia que desde estas páginas agradecemos los organizadores del mismo.

Pedro Gorrotxategi Gorrotxategi



JOSÉ LUIS GOTI ITURRIAGA

Estas líneas quieren recordar a una figura entrañable. Y debo reconocer que resulta algo peligroso empeñarse a ello. Cuando a las apreciaciones se les dobla con la amistad, no está lejano el riesgo de desvirtuar la lectura. Rara vez son áridos los paisajes de la niñez. El amor, la simpatía o el cariño no son buenos consejeros en los juicios, al menos según los criterios de la lógica rigurosa. Deberé, en principio, confesar que no pienso ser 'imparcial', al menos según algunos criterios. Y esto porque no puedo, aunque quisiera, y tampoco quiero. Es propio de los humanos expandirse, alargarse fuera de sí mismos, sea para bien o para mal; y en ese clima, en esa atmósfera que cada uno va configurando de sí y por sí hay ya una muestra de su propia realidad, de su ser mismo. Y yo he de partir de ahí mismo, de mi vivencia de José Luis Goti.

Conocí a José Luis de la mano de su mujer Mari Angeles Larrea. Con ella iniciaba yo mis andaduras por la Historia de Euskal Herria y esto pasaba allá mediados casi los 70. La primera percepción, mi primera visión de José Luis fue la del 'Doctor Goti': en casa de Mari Angeles y José Luis no cabía sustraerse a ella, puesto que la Consulta médica era una extensión de su misma vivienda familiar, incluso físicamente. Una puerta corrediza de doble tramo, abierta siempre, conectaba ambos mundos y no era nada extraño encontrarse en el salón a enfermos conocidos que aguardaban allí el momento de la visita médica. Esto pone sobre el tapete la faceta fundamental de José Luis Goti: el médico.

José Luis era éso, sustantivamente, un sanador. Había decidido serlo mucho tiempo atrás y, en lo que recuerdo de mis charlas con él, sin ninguna vacilación, sin ningún balanceo entre opciones. Cursó la carrera en Valladolid, la Facultad más próxima entonces desde el curso 1940-41 hasta el 46-47 en que se licenció, de modo brillante. Obtuvo, por concurso, la plaza de médico titular de Lekeitio, lo que concedía un apreciable margen de seguridad muy estimable en aquel tiempo; pero con semejante salvaguarda prefirió realizar el internado en el, entonces, Santo Hospital Civil de Bilbao, en Basurto, a la sombra del Dr. Piniés. Ya especializado en Medicina Interna, se lanzó a lo que había sido su meta más clara: la atención a los pacientes. Se iniciaba así una carrera que no terminaría (y esto también me parece significativo, incluso lo más significativo de él como persona) sino unas horas, unas pocas horas –y lo anoto literalmente– antes de su fallecimiento.

No soy médico y mi valoración pudiera parecer viciada por la carencia de opinión profesional formada, por supuesto. Pero mi 'percepción' del 'Doctor Goti' o de José Luis médico tiene algunas apoyaturas. Desde los estrictos sistemas cuantitativos a que se nos inclina, se habrá de anotar que su fichero profesional pasaba de las 47.000 entradas o, lo que es lo mismo, José Luis había visto, había curado o había acompañado hasta donde el saber médico le consentía y la fuerza de su propia pala-

bra le hacía posible a cuarenta y siete mil y pico enfermos... Esa cifra resume el empeño de toda su vida y reconstruye cabalmente su vocación y su actuación. Mi participación personal en ese desempeño la pudiera puntuar con algo que para mí es muy significativo, quizás no tanto para los demás: tras verle y oír sus comentarios en aquel octubre y noviembre del 75, cuando pendíamos de “informe médico habitual” ofrecido por los Telediarios, apreciaciones que yo escuchaba como un doctrino pero, ahora lo entiendo, a cuyo través le “examinaba”; tras ir constatando el exacto diagnóstico que planteaba con semejantes escuetas informaciones, me decidí a confiarle la salud de mis padres (obviamente, para entonces yo ya era parte de su fichero, pero esto no tiene relevancia) y, de esta suerte, José Luis empezó a participar en ese rol, para mi fundamental, que antes había estado confiado a las manos de otra personalidad de relieve también destacado: el Dr. Andrés Aya Goñi, para entonces desaparecido.

Podría haber apostillado, incluso podría haber preferido para esta glosa y para esta valoración otros nombres: la dificultad no la establecería más que la selección. Me viene a la cabeza, por ejemplo, su intervención con ocasión de una peligrosa pancreatitis del Dr. Castroviejo, que fue seguida muy de cerca (y explícitamente aprobada) desde varios institutos clínicos norteamericanos, o algunos tratamientos novedosos en la clínica experimental de entonces. Pero, desde mi propia entraña, la medida de mi confianza sólo la pueden dar mis propios padres.

José Luis había sentido la tentación de la docencia y de la investigación, en sus primeros tiempos. De aquella le vino a sacar la falta de una póliza, según adujera el funcionario de la ventanilla de turno... (si se piensa en la fecha en que terminó la carrera, bien se comprenderá que los tiempos no eran favorables a quienes no tuvieran un currículum de fidelidades extraacadémico); en el segundo camino se ejercitó, con éxito, en buena porción de trabajos, desarrollados en un ambiente de carencias que hace pensar en tiempos mucho más viejos (recuerdo haberle oído contar cómo le disputaba a su mujer, Mari Angeles, los espacios del frigorífico familiar para conservar los recipientes con muestras orgánicas sobre los que trabajaba). Fruto de este empeño, desarrollado en las horas en las que no había pacientes en la Consulta ni visitas que realizar, fueron una buena serie de trabajos: desde su Tesis doctoral, dirigida por el Dr. R. Velasco, sobre los grupos sanguíneos y la herencia gastroduodenal tema que le apasionaba en sus dos vertientes y que recuperó en otras varias investigaciones –“Grupos sanguíneos de los vascos”, “Epidemiología del cáncer gástrico y esofágico”, “El nesidioblastoma del páncreas”...

Pero la carencia de una infraestructura mínima hacía poco menos que inviable el camino de la investigación de laboratorio; con todo, la curiosidad de José Luis Goti no quiso aceptar el freno y –sin abandonar el ejercicio clínico diario– se planteó una nueva orientación. Allá por los comienzos de los setentas, logró aglutinar en su torno a algunas otras personas inquietas por el panorama vasco y de su colaboración nacieron las “Semanas de Antropología Vasca”. Junto a José Luis estuvieron, en aquellos primeros momentos en que salían a la luz temas vascos (no sin dificultades que, años más tarde, parecían regocijantes, pero que ocasionaron, cuando ocurrieron, muchos dolores de cabeza e inquietudes), D. Andrés Mañaricúa, Adrián Celaya, Koldo Mitxelena, D. Joxe Miguel de Barandiarán y Julio Caro Baroja.

Cuando las cosas parecieron recobrar cierto tinte de normalidad, José Luis se planteó otra inquietud nueva. Recién inaugurada la Facultad de Medicina en la Universidad del País Vasco, se ocupó de la docencia de la Historia de la Medicina y, aglutinando a un grupo de alumnos, se lanzó a una serie de cursos de Doctorado sobre la historia de la Medicina vasca. Fue allí parte importante de sus empeños el Dr. Luis Sánchez Granjel, de la Universidad de Salamanca. Y, de inmediato (era el estilo de José Luis) y por si lo anterior era poco, comenzó el planteamiento del Museo de Historia de la Medicina (luego también de las Ciencias), que en el día lleva su nombre.

Mis recuerdos personales datan de estos tiempos y me ofrecen la imagen de una especie de torbellino que se ocupaba igualmente de la donación de... ¡qué se yo que! un microscopio del Doctor Fulano, la colección de preparados de Zutano, la mesa de trabajo de Perengano, o perseguía al carpintero capaz de reproducir algún utensilio antiguo... De lo que se hizo en su vida en el Museo, pienso que no me equivocaré si apunto la sospecha de que el 95% del material acumulado lo persiguió, lo localizó y, prácticamente, lo llevó con sus manos hasta allí. Valga el ejemplo de la silla de partos del siglo XVIII que conservaban (hasta que lo supo José Luis), unas monjitas de clausura de Segura y con la que se volvió, triunfante, a Bilbao en su coche después de una negociación ardua con la Superiora (“Pero Madre –le decía– ¿qué va a pensar la gente si se entera de que tienen Vds. una silla de partos?”).

Pero no debo consentir que lo anecdótico se sobreponga a lo que, entiendo, fue fundamental en él. Antes que ninguna otra cosa, aunque fuera junto a bastantes más, José Luis fue y de modo eminente –tanto por el esfuerzo volcado como por la calidad de su ejercicio– lo que nos sigue recordando el enunciado de su propio nombre: el *Doctor Goti, Goti Medikua*. Son, somos, muchos los que podemos conservar su memoria gracias a su ciencia y a su dedicación. Que valgan estas líneas como recuerdo de su saber, de su esfuerzo y de su bondad.

Rafael Mieza y Meg